

no sabia sostenerse; cuando se la hablaba muchas veces de una misma cosa, se impacientaba... Hablaba poco y bastante bien, pero sin estudio ni afectación, siendo siempre prudente y no diciendo sino lo que bueno quería decir. Nadie la hubiera tenido al verla y oirla por una mujer tan mala.»

Mad. de Brinvilliers al ver entrar al doctor de la Sorbona, conoció en seguida que iba allí á prepararla para morir y le dijo: «Venís encargado, padre mio, de... La infeliz no pudo concluir la frase.

Acompañaba á la marquesa en aquel momento un sacerdote, el padre de Chavigny de la casa de San Honorato, que no habia podido hallar entrada en aquel corazon violento y débil á la vez, por lo cual habia tenido que ceder el puesto al doctor.—«Empecemos, dijo este, por orar» y los tres se pusieron de rodillas; el padre rezó una corta oracion al Espiritu Santo, á la que Mad. de Brinvilliers le suplicó uniera otra á la Santísima Virgen.

Luego, acercándose al doctor:—Caballero, le dijo, seguramente se os envia aquí para consolarme y deberé pasar en vuestra compañía lo poco que me queda de vida. Hace mucho tiempo que estaba impaciente por veros.

El padre los dejó solos, es decir, en compañía de los dos carceleros y de la mujer que servia á la marquesa, los cuales se retiraron respetuosamente á un rincon del cuarto.

En cuanto se quedaron solos Pirot y la marquesa, esta quiso echarlas con este de mujer fuerte, como lo habia hecho con el otro, hablándole con una indiferencia estudiada como si estuviese ya juzgada y sentenciada. El fallo no podia tardar en darse, y la única gracia que ella ambicionaba, era que se dilatase un poco la ejecucion. La marquesa observaba al doctor mientras hablaba de este modo y le ensayaba por decirlo así.—Antes de abriros mi corazon, le dijo, permitid que os pregunte qué opinion habeis formado de mí.

—Se os acusa de envenenadora, contestó Pirot; esto es bastante público: pero á mi modo de ver aun no estais convencida de ello. Quiero decir con esto únicamente, que si sois culpable, es preciso que declareis á vuestros jueces, cuál es el veneno de que haceis uso, qué ingredientes entran en su composicion, qué contraveneno hay que tomar para salvarse y quiénes son vuestros cómplices. *Estos, hay que declararlos todos, sin tener miramiento con ninguno.* Ocultar sus nombres seria hacerlos culpable de todos los crímenes que ellos pudieran cometer despues de vuestra muerte, y os sobrevivirias en ellos. Esta es la condicion esencial para que os reconcilieis con Dios y consigais paz para vuestra alma.

Notemos de paso que, si Pirot hubiera recibido del primer presidente la mision que supone M. Michelet, desempeñaba bastante mal su cometido y no podia hacer las cosas mas al revés de lo que se le habia dicho. Pero no; Pirot, lo mismo que Lamoignon se conducian como dos verdaderos hombres de bien.

El buen doctor sazonó sus exhortaciones con largos ejemplos sacados de la Sagrada Escritura, entre otros, los de Jezabel, de Joram y de Jehú.

—Caballero, contestó Mad. de Brinvilliers, ¿esa Jezabel, era cristiana?

El doctor Pirot se quedó asombrado de oirla. ¿Cómo podia ignorar quién era Jezabel una persona de talento y que habia recibido una educacion cristiana?

—¡Ah! le dijo la marquesa con sencillez, no he visto nada del Antiguo Testamento, y el Nuevo no lo he leído sino por distraerme alguna vez, hallándome fuera del reino.

El doctor la esplicó quién era Jezabel y los crímenes que habia cometido y cómo habia sido castigada y comida por los perros.

—Padre mio, le dijo la marquesa, vuestro ejemplo es un poco fuerte... Pero no hay nada demasiado fuerte para mí.

Pirot abandonó las citas sagradas (á las que le veremos volver con frecuencia) y continuó probando con razones sólidas que un criminal, sobre todo un envenenador, no debe ocultar sus cómplices, é insistió especialmente sobre lo del contraveneno, que era preciso revelar, so pena de responder de todos los crímenes que pudieran intentarse por el mismo medio.

Mad. de Brinvilliers manifestó su aquiescencia á estas máximas, prometiendo conformarse con ellas *si confesaba*. Entre tanto empezó por sutilezas y se puso á hablar de casuística, lo cual estaba mucho en las costumbres de aquella época. ¿Habia pecados verdaderamente irremisibles y que hicieran imposible toda reconciliacion con Dios? La marquesa queria saberlo de antemano, entendiendo sin duda que en caso de ser imposible el perdon, era inútil el arrepentimiento.

Pirot manifestó con un gesto la indignacion que le causaba semejante duda y probó sabia y pesadamente que la puerta de la salvacion estaba siempre abierta para el pecador. ¿Cómo la dialéctica pesada de aquel escelente hombre pudo hallar el lado sensible de aquel corazon tan duro? Preciso es creer que únicamente la Gracia pudo hacer aquel milagro, haciendo que la marquesa fijase su atención, no en las fórmulas escolásticas, sino en el ojo enternecido, en la voz simpática y en las palabras de misericordia que salian de la boca del buen sacerdote.

Por fin la conmovió, y la marquesa, sin hacerse mas de rogar, entró en la narracion de su vida, no detalladamente, sino en conjunto. Volvamos al retrato de la penitente que el buen Pirot hará aun mas de una vez, siempre retocándolo.

«Nada habia en su rostro que anunciase una malicia extraordinaria. Tenia el pelo castaño y muy espeso, el rostro ovalado y bastante hermoso, los ojos azules, dulces y muy hermosos, la tez muy blanca, la nariz bastante bien formada, ninguna de sus facciones era desagradable, pero en rigor no habia nada en todo su rostro que pudiera hacerla pasar por lo que se llama una mujer hermosa. Tenia algunas arrugas y aparentaba mas edad de la que tenia en efecto; es decir, que agradable aun á la vista y no pasando de los cuarenta y seis años, representaba tener cincuenta.